

ALGUNAS INDICACIONES

SOBRE EL CONSEJO DE GUERRA QUE SE SUPONE FUNCIONÓ EN LAS GUERRAS DEL REY GUILLERMO I

En la narración de sucesos históricos transmitida á la posteridad, los errores adquieren muy pronto el carácter de leyendas que más tarde es difícil rectificar.

En el número de ellos cuéntanse, entre otros, los relatos que, siguiendo tradicional costumbre y con especial predilección, hacen derivar los grandes éxitos de nuestras campañas de las decisiones de un consejo de guerra con antelación reunido.

Tal acontece con la batalla de Koniggratz (Sadova).

Pues bien: voy á describir, en breves términos, las circunstancias en que tuvo lugar un hecho de tan trascendentales consecuencias.

El general de artillería Benedek, en su avance hacia el Norte, tenía que defenderse del segundo ejército prusiano que se acercaba á él por las montañas de Silesia; para ello destacó en el flanco derecho, uno tras otro, á cuatro de sus cuerpos, que en el espacio de tres días fueron sucesivamente derrotados, por lo que se unieron en seguida al grueso del ejército austriaco, que en el entretanto había llegado al territorio de Dubenetz.

En esta situación, las fuerzas austriacas se encontraban el día 30 de junio dentro de la línea de operaciones entre los dos ejércitos prusianos, de los cuales el primero había llegado ya, después de incesantes combates, á Gitschín, villa de antemano designada desde Berlín como punto general de concentración, y el segundo había avanzado hasta el Elba superior, encontrándose entonces tan cerca uno de otro que era imposible atacar á cualquiera de ellos sin que inmediatamente cayera el otro sobre la retaguardia del enemigo. La ventaja estratégica se había convertido en desventaja táctica.

Así las cosas, Benedek, que en las anteriores batallas había perdido 40,000 hombres, renunció á todo ulterior avance y, durante la noche del 1.º de julio, emprendió la retirada hacia Koniggratz; pero este movimiento, efectuado por seis cuerpos de ejército y cuatro divisiones de caballería divididos en sólo cuatro columnas que habían de marchar muy cerca una de otra, y cuya longitud debía por ende ser muy considerable, no pudo quedar terminado en el transcurso del siguiente día, y fué causa de que todas las fuerzas hubieran de concentrarse entre Trotina y Lipa en un espacio relativamente estrecho. Si el ejército permaneció todavía en éste todo el día 2, debióse esto al extremo cansancio de las tropas y á la

dificultad, ó, por mejor decir, imposibilidad de retirarse al otro lado del Elba, teniendo enfrente un enemigo que no se descuidaba, y contando con número insuficiente de pasos para atravesar el río. El general austriaco no pudo, pues, operar, y únicamente le quedó el recurso de batirse.

Es digno de notarse que los prusianos no tuvieron conocimiento del avance del enemigo sobre Dubenetz ni de su retirada hacia Lipa. El Elba ocultaba todos estos movimientos al segundo ejército, y, en cuanto al primero, la masa de caballería, compuesta de más de 8,000 caballos, constituía un cuerpo cuyos movimientos resultaban en extremo difíciles. Los cuatro escuadrones destinados á cada división de infantería no podían naturalmente prestar el servicio de reconocimientos que prestó más tarde, en 1870, cuando estaba convenientemente organizada para ello.

Por esta circunstancia, el cuartel general del rey, establecido en Gitschín, carecía de noticias exactas, y suponía que el grueso del ejército enemigo estaba aún en marcha y que ocuparía una posición dando frente al Elba y apoyando las alas en las plazas fuertes de Josephstadt y de Koniggratz.

Esto sentado, sólo había dos caminos que seguir: ó atacar por el flanco esta posición formidable, ó acometer el ataque de frente; en el primer caso el ejército austriaco vería tan seriamente amenazadas desde Pardubitz sus comunicaciones, que quizás se resolviera á emprender la retirada. Para asegurar este movimiento era preciso que nuestro segundo ejército relevase al primero y pasase por consiguiente á la orilla derecha del Elba; pero esto tenía el inconveniente de que, debiendo realizarse la marcha de flanco del primer ejército á tan corta distancia del frente enemigo, no había de serles á los austriacos muy difícil estorbarla si tenían preparados medios suficientes para cruzar el río. En el segundo caso solamente podía confiarse en el éxito haciendo coincidir el ataque de frente del primer ejército con el ataque del segundo contra el ala derecha de la posición enemiga, y para ello era preciso que el segundo no se moviese de la orilla izquierda.

La separación de los dos ejércitos, con toda intención mantenida, hacía posible la adopción de cualquiera de estas dos soluciones; pero sobre mí pesaba la responsabilidad inmensa de proponer á Su Majestad cuál de ellas debía elegirse.

A fin de tener por de pronto abiertos los dos caminos, dióse orden de que el general Herwarth ocupara Pardubitz y, en tanto que el príncipe heredero se quedaba en la orilla izquierda del Elba, practicara reconocimientos en este río, en el Aupa y en el Metau, y venciera las dificultades que en una ú otra dirección pudieran oponerse al paso de los mismos. El día 2 de julio el príncipe Federico Carlos había ya recibido la orden de

que en caso de haber grandes fuerzas arriba del Elba las atacase sin demora, y en la noche de aquel mismo día, noticioso de que todo el ejército austriaco se encontraba en el Bistritz, dispuso que á las primeras horas de la madrugada siguiente se concentrasen el primer ejército y el del Elba delante del enemigo y á la mayor proximidad posible del mismo.

A las once de la noche llegaba á Gistchín el general Voigts-Rhetz y ponía esta noticia en conocimiento del rey, el cual le encargó que me la comunicara inmediatamente.

Esta nueva quitóme un gran peso de encima, y exclamando «¡Gracias á Dios!» salté de la cama y corrí presuroso al alojamiento del rey, que lo tenía en la plaza del Mercado, enfrente del mío.

Su Majestad se había acostado ya en su cama de campaña, y después que le hube expuesto en pocas palabras la situación, mostróse completamente conforme en que al día siguiente se diera la batalla con los tres ejércitos, y me mandó comunicar las órdenes oportunas al príncipe heredero, que tenía que atravesar desde luego el Elba.

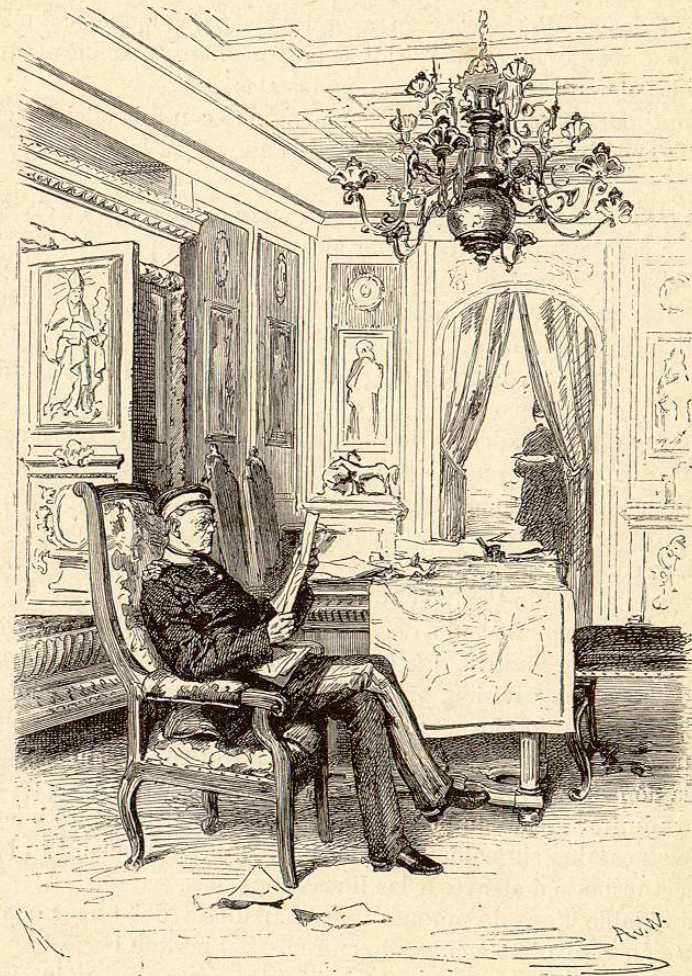
Toda mi conversación con Su Majestad duró apenas diez minutos, y nadie más que nosotros dos asistió á la entrevista.

He aquí en qué consistió el *consejo de guerra* de Koniggratz.

El general Podbielski y el mayor conde de Wartensleben estaban alojados en el mismo cuartel que yo; así es que pronto quedaron extendidas las órdenes que habían de ser expedidas al segundo ejército, y que fueron enviadas á media noche por duplicado y por dos distintos caminos, una directamente á Koniginhof, y otra, de la que era portador el general Voigts-Rhetz, al príncipe Federico Carlos, dándole noticia de las medidas adoptadas.

El teniente general, conde de Finckenstein, que en su excursión nocturna de más de seis millas hubo de pasar por el radio del primer cuerpo de ejército, que era el que estaba situado más lejos, entregó al jefe de las avanzadas un escrito encargándole que lo hiciera llegar inmediatamente á manos del general en jefe: en dicho documento se ordenaba la inmediata concentración de las tropas, y se dejaba al arbitrio del citado general emprender un movimiento de avance independiente, aun antes de que recibiera órdenes de Koniginhof.

El frente de la posición que el día 3 de julio ocupaban los austriacos tenía una longitud de poco más de una milla; nuestros tres ejércitos avanzaron sobre él por un movimiento de flanco, describiendo un arco de círculo de cinco millas de extensión; pero así como en el centro el primer ejército con los cuarto y segundo cuerpos se encontraba al despuntar el día muy próximo al enemigo, en el ala derecha el general Herwarth, que procedente de Smidar habíase retrasado á causa del estado intransitable de



Moltke en su gabinete de trabajo

los caminos y de la obscuridad de la noche, tenía que andar aún más de dos millas antes de llegar al Bistritz, y en la orilla izquierda el príncipe heredero no recibió la orden del cuartel hasta las cuatro de la madrugada. En su consecuencia fué preciso sostener con el centro, durante algunas horas, un combate sin más objeto que ganar tiempo; y como ante todo era de suponer que el enemigo tomaría allí la ofensiva, el cuerpo tercero y el de caballería estaban apercebidos para oponerse á ella. La batalla, sin embargo, no podía decidirse sino mediante el doble ataque de flanco de los ejércitos que formaban las dos alas.

Desde primera hora de la madrugada púseme con mis oficiales en camino hacia la colina que se alza delante de Sadova, y á la cual llegó también el rey á las ocho de la mañana.

El día estaba revuelto, y de cuando en cuando caía una lluvia fina y penetrante; pero aunque la vista sólo alcanzaba un espacio limitado, las blancas nubes del humo de pólvora que á la derecha se divisaban daban á comprender que las vanguardias del primer ejército estaban empeñadas en un combate delante de las aldeas situadas á orillas del Bistritz. Al propio tiempo oíase un nutrido fuego de fusilería por el lado izquierdo hacia el bosque de Swip.

Con el rey estaban, además de su estado mayor, los príncipes extranjeros acompañados de un numeroso séquito de ayudantes, palafreneros y caballos de mano, formando un grupo que no bajaba del contingente de dos escuadrones; y como se viera que una batería austriaca parecía enfilar sus tiros sobre el mismo, resolvióse cambiar de sitio de observación, disminuyendo al propio tiempo el número de acompañantes.

Poco después, acompañado del conde de Wartensleben, atravesó á caballo la ciudad de Sadova, que el enemigo había ya evacuado. La vanguardia de la octava división, protegida por algunos destacamentos de tiradores, había reunido las piezas detrás del bosque, pero hasta allí llegaron muchas granadas de una batería de piezas de grueso calibre situada á la salida de la selva. Mientras avanzábamos por la carretera no pudimos menos de admirar la tranquilidad de espíritu de un corpulento buey que proseguía su camino sin cuidarse de los proyectiles que caían á su lado, y que parecía resuelto á atravesar las líneas enemigas.

La formidable línea de cañones que la artillería del tercer cuerpo y del décimo austriaco había colocado enfrente del bosque hacía imposible toda salida de éste, y aunque ya se había dispuesto una pudo llegar á tiempo de detener la orden para ello expedida.

En el entretanto, más á la izquierda el general Fransecky había tomado la ofensiva y conseguido, después de reñida lucha, desalojar al enemigo del bosque de Swip y llegar hasta el otro lindero de éste. En un principio

no tuvo que habérselas más que con el cuarto cuerpo; pero ahora, contra aquella división séptima completamente sola, lanzáronse el segundo cuerpo y una parte del tercero, es decir, 51 batallones contra 14. Dentro del espeso bosque habíanse mezclado las distintas tropas, haciéndose con ello imposible la unidad de dirección; así es que, á pesar de una tenaz resistencia, cayeron prisioneros algunos destacamentos aislados.

Uno de estos grupos sueltos salía del bosque en el momento preciso en que llegaba allí con su estado mayor el rey, que le acogió poco benévolutamente (1); pero el oficial herido, que se esforzaba por agrupar su pequeña fuerza, llevóla nuevamente al combate. La división, á pesar de sufrir considerables pérdidas, acabó por sostenerse en el lindero Norte del bosque, habiendo por consiguiente atraído sobre sí grandes fuerzas enemigas, que más tarde hicieron falta en los pueblos cuya defensa les estaba encomendada.

Eran las once de la mañana. Las avanzadas del primer ejército habían cruzado el Bistritz y apoderádose de la mayor parte de las aldeas situadas en las orillas de este río, que no eran, sin embargo, más que puestos avanzados que el enemigo no pretendía conservar á todo trance, y detrás de los cuales estaban los cuerpos de ejército de éste ocupando una posición, desde donde con sus 250 cañones dominaban por completo el terreno descubierto que los atacantes habían de recorrer. El general Herwarth había llegado al Bistritz por la derecha, pero en cambio no se divisaban aún las fuerzas del príncipe heredero, á quien se esperaba por el lado izquierdo.

La batalla permanecía en un estado estacionario: en el centro el primer ejército luchaba todavía por apoderarse de las aldeas del Bistritz, la caballería no podía ganar terreno, y la artillería no encontraba coyuntura favorable para avanzar. Cinco horas llevaban las tropas de resistir el fuego enemigo sin comer, pues ni tiempo había para guisar el rancho.

Algunos empezaron á abrigar ciertos temores acerca del éxito de la batalla, y quizás uno de ellos era el conde Bismarck, que sospecho no las tenía todas consigo cuando me alargó su petaca; pero más adelante supe que había considerado como buena señal el hecho de que, habiéndome ofrecido dos cigarros, escogiera yo tranquilamente el mejor.

Preguntóme en aquella sazón el rey qué me parecía del curso del combate, á lo cual contesté: «Vuestra Majestad gana hoy no sólo la batalla sino la campaña.» Y no podía ser otra cosa.

(1) Poseo una Historia de la guerra, en lengua japonesa, publicada en Tokio, que contiene grabados sumamente originales; uno de ellos lleva este epígrafe: «El rey riñe al ejército.»

Teníamos por de pronto la superioridad del número (1), factor no despreciable en la guerra, y luego una hora ú otra había de aparecer nuestro segundo ejército por el flanco y por la retaguardia de los austriacos.

A la una y media divisamos á lo lejos una nube blanca en una altura coronada de un grupo de árboles, en la que tiempo hacía que teníamos clavadas nuestras miradas. No era todavía el ejército segundo, pero el fuego que contra ella dirigía el enemigo nos anunciaba su aproximación. Un grito de «¡El príncipe heredero llega!» resonó en todas las filas: entonces apresuráme á comunicar la deseada nueva al general Herwarth, quien, en el entretanto, había ocupado Probus, á pesar de la heroica defensa de los sajones.

El segundo ejército había emprendido la marcha á las siete y media de la mañana, excepción hecha del primer cuerpo, que no se puso en movimiento hasta las nueve y cuarto, pero había avanzado muy despacio por causa de los malos caminos, que varias veces habíanle obligado á marchar á campo traviesa. La serie de colinas que se extienden desde Horenoves hasta la pantanosa Trotina hubiera sido un gran obstáculo si hubiese estado suficientemente ocupada por el enemigo; mas el ala derecha de éste, ocupada en perseguir vivamente á la división Fransecky, hizo un movimiento de conversión á la izquierda, á consecuencia del cual hubo de recibir en parte á retaguardia el ataque que se emprendió contra ella.

Nuestros ojos no podían ver las ventajas que iba ganando el príncipe heredero, por lo cual el rey, á las tres y media, ordenó que avanzara hacia donde aquél estaba el primer ejército.

Cuando salimos del bosque de Sadowa y llegamos al terreno descubierto, encontramos allí todavía una parte de la batería que por tan largo

(1) En el transcurso del largo período de paz no se habían deslindado clara y fijamente las respectivas esferas de atribuciones del ministerio de la Guerra y del estado mayor general; correspondían al primero: en tiempo de paz la administración del ejército, y en tiempo de guerra una multitud de funciones en la patria misma, que sólo desde el centro de ésta podían ejercerse, razón por la cual el ministro de la Guerra no podía estar en el cuartel general, sino que debía permanecer en Berlín.

En cambio, apenas se ordenara la movilización, sobre el jefe del estado mayor pesaba toda la responsabilidad por las marchas y transportes, preparados ya durante la paz con el fin de verificar la primera concentración de todas las fuerzas, y por el uso que de éstas se hiciera en lo sucesivo, para lo cual no necesitaba más que la aprobación del general en jefe, que entre nosotros ha sido siempre el rey.

Cuán necesaria es esta perpetua separación entre las funciones de ambos resortes, hube de verlo por experiencia en junio de 1866. Sin tener yo conocimiento de ello, ordenóse que el octavo cuerpo no se moviera del Rhin, y sólo cuando después de haber expuesto mis objeciones contra tal medida se dispuso que la división 16 avanzara hacia Bohemia, pudimos conseguir la superioridad numérica en el lugar y tiempo precisos en que debía empeñarse la acción definitiva.

rato había impedido el avance de los nuestros, pero los caballos y los artilleros yacían junto á las piezas destrozadas. Estas eran las únicas huellas del enemigo que en cuanto alcanzaba la vista pudimos distinguir.

La retirada de los austriacos de las posiciones que por dos lados cercaban nuestras tropas se había hecho inevitable y verificado hacía bastante tiempo; su excelente artillería, que hasta el último momento estuvo haciendo fuego, había disimulado aquella retirada y permitido á la infantería ganar considerable ventaja. El paso del Bistritz prolongó el avance, especialmente de la caballería prusiana, de modo que sólo algunos destacamentos aislados de ella pudieron dar alcance al enemigo.

A galope atravesamos el vasto campo de batalla sin detenernos en contemplar los horrores que ofrecía, y al extremo del mismo encontramos á nuestros ejércitos que, procedentes de distintas direcciones, habíanse al fin encontrado en un espacio estrecho, mezclándose unos con otros de tal manera que fueron precisas veinticuatro horas para deshacer aquella confusión y restablecer el orden. Ello fué causa de que no pudiéramos perseguir inmediatamente al enemigo; pero no por esto fué la victoria menos completa.

Las tropas, rendidas de cansancio, procuraron alojarse bien ó mal en las cercanas aldeas, ó encontrar reposo en campo raso, y no hay que decir que se cogieron cuantos víveres pudo haberse á mano: probablemente el buey de que antes he hablado cayó también en nuestro poder. Los gritos de angustia de los cerdos y de los patos casi partían el corazón; pero la necesidad no reconoce ley, y las columnas de aprovisionamiento no podían estar allí para dar á los nuestros lo que les hacía falta.

El rey se quedó en un lugarejo situado en el campo de batalla, y yo y mis dos oficiales hubimos de andar cinco millas para llegar á Gitschín, donde estaban las oficinas.

De allí habíamos salido á las cuatro de la madrugada, y allí volvíamos ahora después de catorce horas de marcha á caballo. Había sido tan repentina la salida que nadie pensó en llevarse comestibles; un uhlan del segundo regimiento me dió un pedacito de salchichón; pan no pudo dármele porque no le tenía. A nuestro regreso encontramos por fin las interminables filas de las columnas de víveres y municiones, que á veces ocupaban todo el ancho de la carretera. Después de media noche llegamos al cuartel, donde á aquella hora tampoco había algo que comer; pero estaba tan extenuado de fatiga que sin quitarme el capote ni la faja tendíme en mi lecho y me quedé inmediatamente dormido. Sin embargo, al día siguiente había que dar nuevas órdenes y someterlas á la aprobación de Su Majestad que se encontraba en Horitz.

El gran rey había tenido que luchar siete años para abatir el poder de

Austria; pues bien: ahora su nieto, más afortunado pero también más poderoso, había conseguido tan feliz resultado en menos de cuatro semanas. La campaña quedó ya decidida en los ocho primeros días, desde el 27 de junio al 3 de julio.

La guerra de 1866 no nació de la necesidad de defenderse contra una amenaza dirigida á la propia existencia; tampoco fué exigida por la opinión pública y por la voz del pueblo: fué una lucha reconocida como necesaria por el gabinete, proyectada desde hacía mucho tiempo y tranquilamente preparada, no para conquistar países, no para ensanchar el propio territorio, no para lograr, en una palabra, ventajas materiales, sino simplemente para alcanzar un bien ideal: el poder, la soberanía. A los vencidos austriacos no se les quitó un palmo de terreno, pero hubieron de renunciar á la hegemonía en Alemania.

Los príncipes del imperio tuvieron también parte de culpa de que el antiguo imperio, en vez de una política alemana, siguiera una política dinástica. El Austria, mientras dejaba indefensas las fronteras occidentales, agotaba sus fuerzas en conquistas al otro lado de los Alpes, siguiendo el camino que le señalaba el Danubio: su centro de gravedad estaba fuera; el de Prusia dentro de Alemania. Prusia sentíase fuerte y llamada á encargarse de la dirección de los pueblos alemanes. La sensible pero inevitable exclusión de uno de éstos del nuevo imperio, sólo podía compensarse por una posterior alianza; pero Alemania sin Austria llegó á ser incomparablemente más poderosa que antes lo había sido con ella.

Todo esto, empero, no pertenece á las leyendas de que me ocupo.

Una de estas últimas ha sido cantada en versos, por cierto muy hermosos.

La escena pasa en Versalles. Los franceses sitiados en París verifican una salida, y los generales, en vez de irse á unir con las tropas que están luchando, reúnen para deliberar si podría intentarse que el cuartel general permaneciese más tiempo en Versalles. Los pareceres andan divididos, nadie se atreve á hablar, y el jefe del estado mayor general, que es quien más obligado está á decir algo, calla. La consternación era, al parecer, grande. Sólo el ministro de la Guerra se levanta, y con toda energía protesta de una medida tan funesta política y militarmente como la evacuación; el rey le da las gracias por haber sido el único que ha tenido valor para decir sin ambages ni temores la verdad.

Lo cierto es que mientras el rey con todo su séquito se dirigía á caballo al encuentro del quinto cuerpo de ejército, el maestre de campo hacía enganchar con gran cuidado los carruajes de la corte, lo cual no se les ocultó á los de la ciudad, y pudo quizás haber despertado esperanzas en aquella población dotada de temperamento sanguíneo

Versalles estaba defendida por cuatro cuerpos de ejército, y á nadie se le ocurrió la idea de evacuar esa ciudad.

Puedo asegurar que ni en la campaña de 1866 ni en la de 1870 á 1871 se celebró un solo consejo de guerra.

Excepción hecha de los días de marcha y de combate, todas las mañanas á las diez nos recibía S. M.; en estas entrevistas, yo, acompañado del cuartel maestre general, daba cuenta de las noticias y de los partes recibidos, y según ellos fuesen proponía nuevas disposiciones. Asistían á tales reuniones el jefe del cuarto militar, el ministro de la Guerra, y también, mientras estuvo el cuartel general del tercer ejército en Versalles, el príncipe heredero; todos, sin embargo, en calidad de simples oyentes. El rey les pedía á veces algunos datos é informes sobre esto ó lo otro, pero no recuerdo que nunca solicitara su consejo para nada que se refiriese á las operaciones ó á las medidas por mí propuestas.

Estas últimas, que siempre había yo discutido previamente con mis oficiales, solía S. M. meditarlas las más de las veces muy detenidamente y con excelente golpe de vista militar, y, apreciando con nunca equivocada precisión el estado de las cosas, señalaba los inconvenientes que podían oponerse á su ejecución; pero como en la guerra cada paso trae consigo un peligro, siempre acababa por aceptar y aprobar lo propuesto.

FIN